

RUINAS DE CEBADILLA

Por EDUARDO NOGUERA

De acuerdo con los deseos del C. Secretario de Educación Pública, señor licenciado Aarón Sáenz, de que se emprendiera el reconocimiento de unos vestigios arqueológicos situados en las inmediaciones de Tampico, los que fueron dados a conocer por el señor Alberto Galván, diputado al Congreso de la Unión y superintendente de los FF. CC. Nacionales de México, División de Chihuahua, se practicó un reconocimiento en julio de 1930, a fin de investigar esos restos del pasado.

En realidad, el informe que se tenía sobre el particular se debió al señor Ignacio Arroyo, comerciante establecido en la región inmediata a los vestigios, quien con gran entusiasmo e interés no escatimó privaciones y gastos para obtener toda clase de noticias. A la Dirección de Arqueología fueron remitidas varias fotografías y ligeras descripciones que hablaban de la importancia que aquellas ruinas tenían para el estudio de la arqueología de México.

Sobre el F. C. en construcción entre la ciudad de Tampico y México, sobre el kilómetro 41 y en el lugar denominado Cebadilla, se halla un pequeño cerro que sobresale de las enormes llanuras del valle del Pánuco. En realidad es el principio de la zona montañosa que en altura y proporción constituye la Huasteca veracruzana y forma, en cierto modo, una de las primeras estribaciones de esa serranía.

Las ruinas están situadas propiamente sobre la falda sur del pequeño cerro que escasamente llega a 150 m. de altura. De forma irregular y con su eje de norte a sur de más de 300 m. de largo, las ruinas arqueológicas se extienden sobre la porción sur, la más baja del cerro.

Si bien es cierto que la distancia entre estas ruinas y Tampico es bien corta, su acceso demanda algún tiempo debido a que las comunicaciones son poco frecuentes.

Las ruinas arqueológicas, denominadas Cebadilla, por ser éste el nombre del lugar más cercano, y porque así fué llamado por W. Staub, quien recorrió la región en años anteriores, se hallan dentro del municipio de Ozuluama, Estado de Veracruz, lo mismo que el cerro que las soporta, y pertenecen a terrenos de la hacienda de Cues, distante alrededor de 41 km. al sur de Tampico.

La única comunicación para llegar a ese lugar es por medio del ferrocarril antes citado y su visita requiere un día, y dos para el viaje, teniendo en cuenta que a pesar de su cercanía a Tampico se hace necesario tanto tiempo debido a lo poco transitable que es el ferrocarril, que sólo corre cada dos días en el mismo sentido.

De la estación del kilómetro 41 a las ruinas es tan corta la distancia que a caballo se puede efectuar en menos de media hora hasta cierto lugar, ya a la mitad de la eminencia, para proseguir a pie a la cúspide, donde aparecen los vestigios de que se va a tratar.

En la actualidad y debido a que no se ha practicado ninguna limpieza en los edificios antiguos, éstos se hallan cubiertos de tupida vegetación, como se podrá juzgar por las fotografías que se acompañan a este artículo. Por esta razón es posible que existan otros edificios hoy desconocidos y sepultados por la flora, que es tan exuberante en la región (figs. 1 y 2).

Por la misma causa, principalmente, no fué posible hacer un plano más completo y detallado; solamente se pudo obtener un pequeño croquis que sin duda no dará una idea exacta de la ciudad en ruinas y que también presentará errores muy notables que saltarán a la vista cuando se haya limpiado de la vegetación, pero que para nuestro caso ayudará a esta descripción (plano I).

Toda la ciudad está sensiblemente orientada con su eje principal de norte a sur, debido, en cierto modo, a la topografía del terreno, pues los restos antiguos se encuentran sobre la parte menos elevada del cerro de Cebadilla. Toda la ciudad está constituida por grandes terrazas de más de 50 a 60 m. de lado, sobre la que descansan pirámides o plataformas (la terraza sur mide exactamente 33.40 m. de largo). En nuestro plano (plano I) la pirámide *a*, que es la de mayores proporciones, mide en su muro inclinado 7.30 por 11 m. de ancho en su base. Solamente el lado N. de esa pirámide está descubierto, el resto queda oculto por la vegetación o

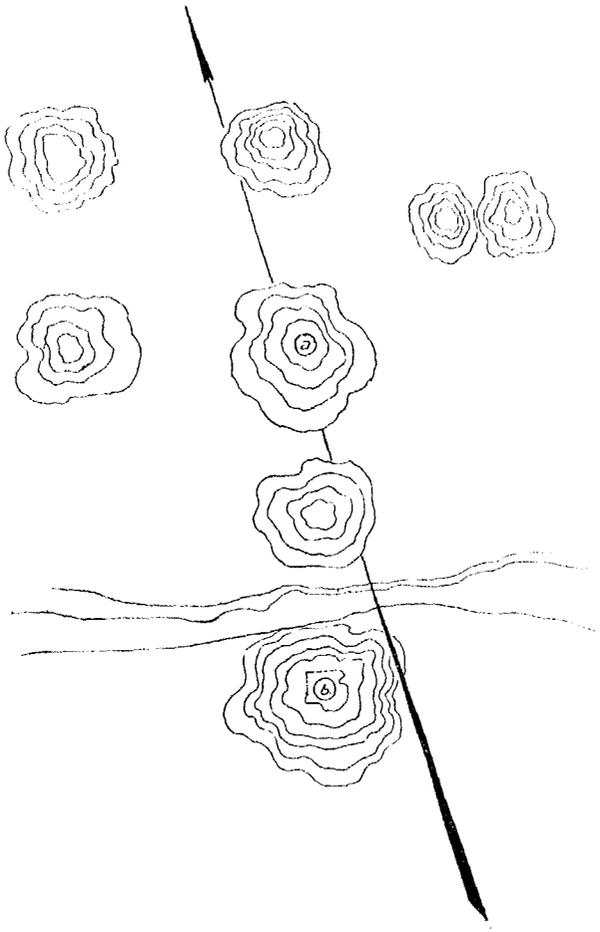
destruido; por esa razón no se puede decir nada con respecto a si tenía escalinata o en qué lado se encontraba, caso de tenerla. En todos sus costados y a distancias relativamente simétricas que variaban de veinte a treinta metros, existen restos de otras pirámides, en todo semejantes a la anterior, pero de proporciones distintas (plano I).

A pocos metros al sur, sobre otra terraza de un metro de alto, a la que se asciende por una corta escalinata, se encuentra una interesantísima plataforma. De ligeras proporciones presenta la particularidad de hallarse en relativo buen estado de conservación todo su lado norte. En medio de ese lado aparece una escalinata con su correspondiente alfarda. La escalera mide 2.75 m. de ancho y da acceso a una ancha cúspide, cuyas medidas no fué posible obtener debido a lo cubierta que está de árboles y, en consecuencia, no se pudo determinar su extensión. Lo más interesante de este edificio es el perfil de sus paredes, pues vemos que están constituídos por dos planos, es decir, la parte inferior hasta la altura de 1 m. es un paño inclinado o talud, el que va sobrepuesto por otro muro vertical de semejantes medidas. No podemos menos de reconocer una analogía, semejanza o principio arquitectónico con edificios del centro del país y aun con los de civilización maya en su última época en que vemos el talud y tablero como característica arquitectónica (figs. 3, 4 y plano 2).

El resto de los montículos que se pudieron localizar, en número de ocho, no presenta ninguna característica especial, asemejándose a los demás, al menos en su estado actual.

El material de construcción es sencillamente un núcleo interior de tierra al que se le cubrió de bloques de piedra bastante deleznales, pero muy bien cortados, afectando forma regular. No se empleó ningún otro material o argamasa para unir estos bloques, por cuya razón su desprendimiento ha sido muy fácil. Las aristas son muy interesantes por estar constituídas por enormes bloques perfectamente escuadrados, siendo algunos de enormes proporciones, como por ejemplo el de la esquina N. W. del montículo *a*, que mide más de tres metros de largo (fig. 5). En la parte alta del cerro yace por tierra otro enorme bloque abandonado, que quizás haya sido cortado con intenciones de servir para ese objeto, pero por causas que se ignoran se dejó en ese sitio (fig. 6).

Innumerables son los objetos menores que aparecen asociados con estas ruinas, desde esculturas en piedra bastante bien esculpidas, hasta numerosas figuras antropomorfas y otros objetos de barro que aparecen dentro de la ciudad derruida y sus alrededores. Estos objetos, de gran impor-



PLANO 1

Croquis de las Ruinas Arqueológicas de Cebadilla,
Veracruz.



PLANO 2

Ruinas de Cebadilla, Ver. Perfil de la Plataforma.

tancia para el estudio y clasificación de la ciudad sin explorar, servirán de base para la identificación y comparación de tales vestigios con otras ruinas.

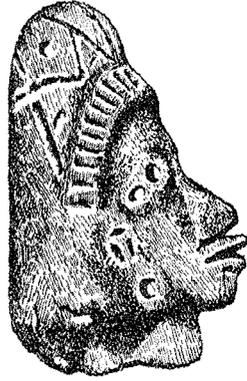
Es imposible, en el corto plazo dedicado a la visita de estos monumentos, poder sacar algunas conclusiones. Su estudio requiere, además de un tiempo mucho mayor que el hoy empleado, siquiera pequeñas exploraciones, calas y sondeos en diferentes lugares de la zona arqueológica. Sin embargo, en este trabajo se describirán sucintamente algunas de las esculturas más importantes, junto con parte de los vestigios de cerámica que allí aparecen.

La primera es una gran escultura de piedra toscamente labrada, pero el cuerpo, a diferencia de la cabeza, se halla muy bien modelado y con una expresión y actitud de sumo realismo. No contiene ningún atributo ni símbolo por medio del cual se le pudiera relacionar con alguna deidad o determinar el significado que entraña tal escultura (figs. 7 y 8). Sus dimensiones son: cabeza, circunferencia, 0.63 m. Cara, alto, 0.32 m. Torsor, circunferencia, 1.15 m. Altura total, 1.00 m.

La siguiente, de menor tamaño y de inferior manufactura, es por demás primitiva. Parece se trata de una figura femenina.

Hay otro relieve muy interesante tallado *in situ* en un enorme bloque. Poco queda del relieve, pues dado que su cara es horizontal y ha estado expuesta a la intemperie por tan largos años, gran parte del dibujo ha desaparecido. Sin embargo, aun son visibles partes de los motivos ornamentales que comprenden grecas combinadas y su conjunto tiende a mostrar una figura completa de animal o humana. Debido a su posición, en primer lugar, y a la sombra tan intensa, las fotografías tomadas no salieron con la debida claridad.

Las figurillas antropomorfas que encontramos son de una enorme variedad y de tipos representativos que se asemejan a otros conocidos de diversas regiones de la República. Tenemos en primer término un tipo muy semejante al arcaico del valle de México, especialmente al tipo *A* de Vailant, que tan frecuente es en Copilco, bajo la lava de El Pedregal de San Angel (lám. I, figs. 1, 1-a, 2 y 2-a). Otro tipo es el teotihuacano, como puede apreciarse en la lám. II, figs. 1 y 2. Se distingue por su ancha cara provista de airoso tocado y grandes orejeras. Aun se puede distinguir otra variedad, que es menos abundante (lám. II, fig. 3), y recuerda el tipo maya de esculturas. En contraste con los anteriores, encontramos otra clase



1A.

Lámina I.--Cabecitas procedentes del Pánuco y de Cehadilla.

por completo distinta a las anteriores, que parece ser la característica de la región (lám. II, figs. 4 y 5) y de gran analogía con el azteca.

En cuanto a las vasijas de barro, no fué posible encontrar piezas completas, con excepción de un cajete de pequeños soportes cónicos y base cóncava con bonita decoración geométrica pintada de negro y rojo sobre un fondo blanco. Lo interesante de esta decoración es su motivo geométrico en forma de una S, entre dos líneas negras paralelas. La cerámica fragmentada aparece con alguna abundancia, por lo que una excavación estratigráfica promete dar muchos frutos. El tipo más sobresaliente es uno de decoración pintada, compuesta de motivos rectilíneos rojos sobre un fondo blanco, y otro grabado de líneas paralelas sobre el fondo color natural del barro, formando diversos motivos ornamentales y simbólicos (lám. 3, figs. 1-6). El barro está bastante bien cocido, no apareciendo la línea negra en su núcleo y de una dureza y pulimento muy bien acabado.

Ni la índole ni el espacio de este artículo permite hacer un estudio sobre la cerámica huasteca. Sin embargo, la forma característica de esta alfarería es fitomorfa con asas huecas muy separadas del cuerpo de la vasija, las que al parecer servían para beber. Otras tienen un asa transversal adherida a la extremidad superior del cuello, a manera de cesto. En fin, hay otras que se asemejan mucho a las modernas teteras. Su decoración en este caso es modelada afectando la apariencia, por sus gajos, de una calabaza o melón. Existe otro tipo en forma de olla de decoración pintada, de fondo crema claro sobre el que se hizo la decoración con pintura negra o roja de motivos geométricos o simbólicos. Un tercer tipo es el de las vasijas antropomorfas en el que vemos la figura humana realizada sobre el cuello u otra parte del ejemplar.

Los vestigios arqueológicos que sucintamente se han descrito son de sumo interés desde el punto de vista arqueológico, ya que artísticamente no guardan ni ligera comparación con los suntuosos monumentos del centro y S. E. de México. Su interés radica en el hecho altamente significativo de que su arquitectura, por una parte, guarda relación con las ciudades mayas del período de influencia mexicana por tener grupos de edificios colocados sobre terrazas, y porque el perfil de sus plataformas, es de doble inclinación, es decir, talud sobrepuesto por un paño vertical, cosa que ocurre en Teotihuacán y Xochicalco, en donde el mismo principio acontece, variando, naturalmente, las proporciones entre el talud y el tablero. Por otra parte, su material y sistema de construcción es semejante al de todos los edificios de civilizaciones primitivas de México. Su aspecto recuerda



Lámina II.—Cabecitas procedentes del Pánuco de Cebadilla.

mucho el de las yácatas de Michoacán, de cultura tarasca, y otras construcciones que esporádicamente aparecen en el centro del país, como las del valle de Toluca.

Otro vasto campo de comparación ofrecen los innumerables objetos menores de cerámica y piedra. Si es cierto que las esculturas pétreas no presentan ninguna característica que las haga afines a otras del resto del país, por carecer de atributos o de cualquier otro detalle, sí podemos afirmar que no por ello les falta distinción. El buen acabado de sus rasgos faciales revela conocimiento y pericia por parte de los escultores. En cambio, en lo referente a las pequeñas figuras humanas o cabecitas, ya hemos visto en las ilustraciones los cuatro tipos que son de decidida filiación arcaica o teotihuacana, además del cuarto tipo, propio de la región en estudio. Desgraciadamente, sólo se pudo obtener un corto número de ellas para emprender un estudio más detenido. Menos aún se puede decir con respecto a la forma del hallazgo, los lugares de procedencia, las profundidades en que aparecen y las relaciones que guardan con determinado edificio, para así poder llegar a conclusiones más atinadas y explicarnos el porqué de esta semejanza y la mayor o menor antigüedad de unas y otras.

En vista de lo poco que se conoce de esta ciudad en que ni siquiera se ha hecho la menor excavación, no es posible hacer especulaciones sobre el probable origen de estos monumentos y las relaciones que puedan tener con otros del país. Basta decir que aquí se encuentran influencias, semejanzas o principios de otras civilizaciones, como la teotihuacana y la arcaica, o que son la obra exclusiva de los huastecas. La región del Pánuco es muy citada por los primeros historiadores, los que a su vez se han fundado en las relaciones de los indígenas dadas a raíz de la conquista. Parece que la región fué teatro de emigraciones de pueblos. Sobre todo Sahagún refiere que del valle de Pánuco partieron diversas tribus, empezando por los toltecas, a los que siguieron los náhoas, olmecas, michoacanos, etc., continuando hacia la costa oriental hasta Guatemala. Esta misma tradición la encontramos persistente en la región y a nuestro entender no deja de ser significativo el que los restos materiales de las tribus antiguas ofrezcan las peculiaridades y las semejanzas que se han establecido. En la actualidad la región está habitada por indígenas de idioma huasteca. Su cultura, idioma y otros detalles de su civilización es escasamente conocida para poder aventurar afirmaciones que no pasan de simples hipótesis y conjeturas. Pocas y cortas exploraciones se han hecho que den a conocer de una manera terminante los tipos de cerámica peculiar a esa civilización;

su arquitectura es al mismo tiempo poco estudiada y su idioma está relacionado con el maya y constituye una rama de esta familia lingüística. Así pues, en tan corta visita y con los elementos de que dispusimos para este reconocimiento preliminar, no se puede afirmar nada en un sentido o en otro, conformándonos con exponer las semejanzas y características que se han apuntado.

De cualquier manera la tradición que nos trasmite Sahagún tiene ciertos visos de veracidad, si se considera el número tan crecido que hay de vestigios de pueblos antiguos por toda esa región, como podrá observarse en el mapa I levantado por W. Staub, quien exploró algunos de ellos, y que indica que fué un centro de gran población.

Como se podrá observar, tanto por las fotografías como por las descripciones que se han hecho de los monumentos, toda la región está invadida por tupido bosque que ha aprisionado los montículos, contribuyendo en algunos casos a su violenta destrucción y en otros ha motivado, en cierto modo, su conservación, puesto que la protege de las torrenciales lluvias y los fuertes vientos que podrían, sin esa vegetación, haber destruído los frágiles materiales de construcción (figs. 9 y 10).

Por otra parte y debido a esa misma vegetación, es imposible hasta hoy determinar la verdadera extensión de la ciudad ni menos aun su plano exacto. Es indudable que aun queda mucho por descubrir, y que quizá lo que hoy podemos ver no sea más que una pequeña parte de la ciudad antigua y también de menor importancia. Es muy posible que con el tiempo, una vez hecho el desmonte, se encuentre con que la totalidad del monte de Cebadilla esté cubierto de otros vestigios hoy ocultos que son el asiento de una desarrollada civilización del pasado.

Para llevar a cabo un mejor reconocimiento de las ruinas de Cebadilla conviene ante todo iniciar un completo desmonte de la zona que hoy conserva vestigios, a la vez que practicar un reconocimiento en el citado cerro, a fin de determinar su verdadera extensión.

De las mil doscientas ruinas arqueológicas que existen en las diversas regiones del país, las mejores estudiadas son, sin duda, las de la región maya, las del centro del país, como las pertenecientes a la civilización azteca y bastantes de la arcaica, teotihuacana y tolteca, en las que sus principales características se han podido dar a conocer. Aunque, en menor escala, pero con bastantes resultados, se han estudiado las de las civilizaciones mixteca y zapoteca y en parte las de cultura totonaca, puesto que la ciudad de El Tajín, de esa cultura, ha sido debidamente explorada y aún

de la cerámica totonaca existen algunos estudios. Con respecto a la cultura de Jalisco y Michoacán, la llamada tarasca, escasamente conocida, existen, sin embargo, ligeras publicaciones y las colecciones de esa cultura son muy abundantes y existen numerosos ejemplares en el Museo Nacional. Otro tanto puede decirse de las culturas de Zacatecas, de las que tenemos algunas publicaciones y ejemplares de cerámica, sin dejar de mencionar la de los "pueblos" en Chihuahua, de la cual existen nutridos y completísimos estudios hechos especialmente por arqueólogos extranjeros.

Nada de eso podemos decir con respecto a la cultura que suponemos ser huasteca; ninguna exploración se ha llevado a cabo de una manera metódica, ni estudios o excavaciones estratigráficas emprendidas,¹ con excepción de la corta visita de Selser a esa región y la del doctor Staub que, sin duda, es más completa, que nos permita dilucidar a qué tipo de civilización pertenece, y si lo que se conoce como cultura huasteca es en realidad una civilización con características peculiares a ella o bien no es más que una variedad de la maya, la totonaca, o qué relación puede tener con las del centro de México.

Por tal motivo, y ofreciéndose la oportunidad de tener en las ruinas de Cebadilla ejemplares de una civilización peculiar que todo tiende a señalarla como perteneciente a la cultura huasteca; dada la ventaja de encontrarse relativamente cerca de una ciudad con toda clase de elementos, a la que está unida por la vía de los FF. CC.; y teniendo en cuenta que esa clase de ruinas es propia para explorarse, ya que por su proximidad pueden ser visitadas por numerosas personas, sería muy conveniente que, a reserva de hacerse una exploración de mayor o menor intensidad, según lo requiera la clase de las ruinas en estudio, se emprenda cuando menos el desmonte de toda la zona ocupada por vestigios arqueológicos y que en caso de que se descubra, conforme siga el desmonte, que los vestigios se extiendan hasta lugares hoy no sospechados, se prosiga dicha limpieza para, al menos, llegar a situar toda la extensión de la ciudad.

Es cosa muy frecuente en todos los lugares donde hay ruinas arqueológicas sin vigilancia, que los habitantes de esas zonas se sientan capacitados y hasta autorizados para disponer de esos vestigios a su entero albedrío. En el caso de las ruinas de la Cebadilla, muy particularmente, sin hacer mención de las otras de la región del Pánuco, son numerosas las personas que tienen sus propias colecciones extraídas y formadas a costa del

¹ En los últimos años y posteriormente a la época en que fué hecho este reconocimiento en Cebadilla, se han practicado detenidas exploraciones por Du Solier, Palacios, Ekholm y Meade, que han aportado más completos conocimientos acerca de la cultura huasteca.

despojo de esas ciudades antiguas, motivandó con ello que para obtener esos idolillos de diversos tamaños no reparan en iniciar excavaciones por su cuenta, pero excavaciones que no pasan de simples saqucos hechos sin ningún método y sin que se obtenga alguna ventaja desde el punto de vista científico; antes al contrario, tienden a destruir y ayudar en esa forma a la naturaleza en su obra de destrucción.

Sin embargo, entre las personas que han dispuesto de la adquisición de antigüedades, pero con fines absolutamente serios y honrados, figura con notable excepción el señor Ignacio Arroyo, hoy comerciante establecido en la ciudad de Tampico, y quien vivió por algún tiempo a orillas de las ruinas de la Cebadilla, persona digna de elogio por todos conceptos, debido a su interés y celo por el estudio y conservación de dichas antigüedades. Fué esta persona la que dió a conocer la existencia de tan interesantes monumentos, quien procuró por cuantos medios estuvieron a su alcance hacer que el Departamento de Monumentos Prehispánicos enviara un representante para estudiar esas ruinas, quien ha formado una pequeña, pero no menos interesante, colección de figurillas antropomorfas que tiene a la disposición de esta institución, y quien, por su propio peculio, ha extraído dos esculturas en piedra. Dicho señor, alentado de los mejores deseos para cooperar al estudio de tales vestigios, aunque carece de los conocimientos y orientación para llevar a cabo con éxito cualquiera investigación de ese carácter, puede ser un excelente auxiliar para colaborar en el estudio de la arqueología de México.

Por otra parte, toda el área anexa a Tampico fué en años pasados intensamente explorada en busca de petróleo, por cuya causa no es remoto suponer que muchos vestigios hayan sido destruidos a consecuencia de esta exploración; pero es urgente que ahora se ponga un alto a esta inmoderada búsqueda de antigüedades que sólo aprovechan una minoría y personas sin ninguna conexión con los estudios de la arqueología.

Finalmente, a continuación, aparece una lista de lugares en donde existen vestigios arqueológicos de diversa naturaleza que no están registrados, hasta la fecha en que fué practicado este reconocimiento, en la Carta Arqueológica de la República, y que tampoco figuran en el mapa de Staub, correspondientes a la región N. E. de México:

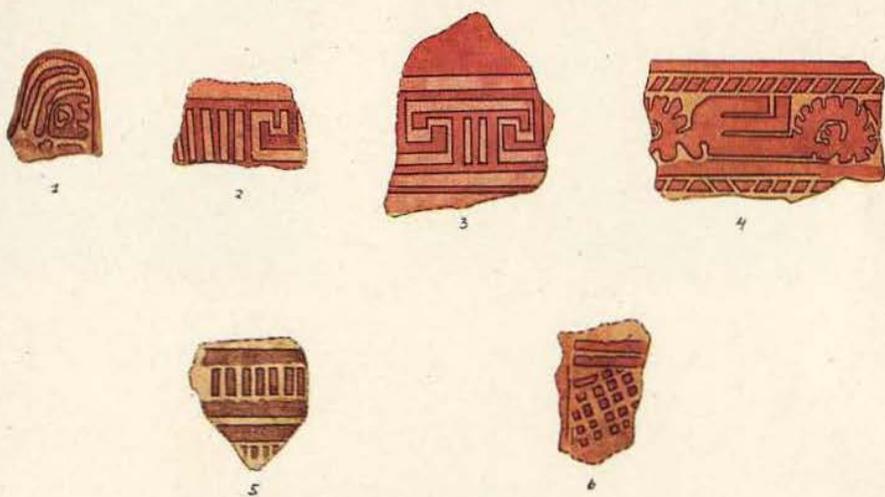
Isla Pitalla: a orillas de Tampico.

Ciudad de Pánuco: a 50 km. al SW. de Tampico.

Laguna de la Puerta: a 12 km. al N. de Tampico, camino hacia Monterrey.

Chicayan, Ver.: a 90 km. al S. W.
Tempoala, Ver.: 100 km. al S. W.
Hacienda de Cues: a 56 km. al S. W. de Tampico.
Amatlán, Ver.: 120 km. al S. W. de Tampico.
Estación Ochoa: sobre el FF. CC. de Tampico a San Luis Potosí.

LAMINA III



Tipos de cerámica procedente de la región arqueológica del Pánuco, Tamps.



Fig. 1.

Fig. 2.

Figs. 1 y 2.—Los monumentos arqueológicos de Cebadilla, Ver., cubiertos de vegetación.



Fig. 3.—Ruinas de Cebadilla, Ver. Escalinata que sube a la plataforma *b*.



Fig. 4.—Ruinas de Cebadilla, Ver. Talud y muro vertical de la plataforma *b*.

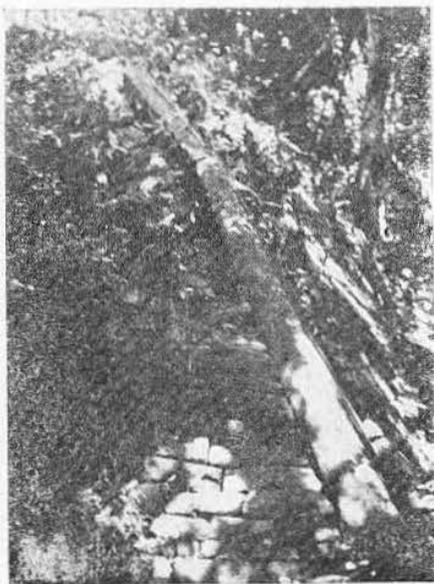


Fig. 5.—Ruinas de Cebadilla, Ver. Esquina N. E. de la pirámide *a* formada por una losa de más de tres metros de largo.



Fig. 6.—Ruinas de Cebadilla, Ver., losa abandonada que se destina para las construcciones de edificios.



Fig. 7.

Fig. 8.

Figs. 7 y 8.—Ruinas de Cebadilla, Ver. vistas de frente y lateral de una escultura situada al pie de la pirámide a.



Fig. 9.

Figs. 9 y 10.—Estado actual de los edificios arqueológicos de Cebadilla, Ver.



Fig. 10.

